

Amador Fernández-Savater

HABITAR Y GOBERNAR

Inspiraciones para una nueva concepción política



© Amador Fernández-Savater, 2020

© De la imagen de cubierta: Acacio Puig
Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2020

ISBN: 978-84-18273-03-2
Depósito Legal: B.14997-2020

Impreso en Sagrafic
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

«Los amigos —sin partido, sin instituciones, sin referencias fuertes de identidad— sirven para pensar la vida.»

A lxs amigxs, pues

Y a Ema, meglio tardi que mai =)

ÍNDICE

PÓRTICO	II
HISTORIAS INSPIRADORAS	13
Prólogo. ¿Cómo hacer? La revolución de los niños perdidos	15
¿Hay que guardarse la memoria en el bolsillo? Sobre herencias sin testamento	31
I. REIMAGINAR LA REVOLUCIÓN	39
¿Salir del siglo xx? El problema de las imágenes de cambio	41
Michel Foucault: una nueva imaginación política	63
Reabrir la cuestión revolucionaria (lectura del Comité Invisible)	73
Un tiempo de revueltas (lectura de Alain Badiou)	89
Resistir es crear: entrevista a Miguel Benasayag	101
2. REIMAGINAR EL NOSOTROS	113
Sobre ficciones políticas y emancipación	115
Potencias y problemas de una política del 99%: entrevista a Jacques Rancière	139
Política de clase como política del encuentro	153
3. REIMAGINAR AL ENEMIGO	165
<i>El enemigo y lo enemigo</i> : conversación con Juan Gutiérrez	167
La humanidad como arma: entrevista a Ali Abu Awwad	179
Cooperar con el enemigo: lecciones de <i>Juego de Tronos</i> (con Francisco Carrillo)	195
4. REIMAGINAR LA ORGANIZACIÓN	205
Del paradigma del gobierno al paradigma del habitar: por un cambio de cultura política	207

Política partisana contra política de partido: entrevista al historiador Valerio Romitelli	219
La red como inspiración: conversación con Margarita Padilla	233
5. REIMAGINAR LA ESTRATEGIA.	243
Olas y espuma: otros modos de pensar estratégicamente	245
Las transformaciones silenciosas: entrevista a François Jullien	253
6. REIMAGINAR EL CONFLICTO	271
No un ejército, sino un mundo en marcha: la guerrilla de Lawrence de Arabia	273
Lawrence de Arabia y la no batalla de Sol	285
La muerte, la guerra y la revolución: apuntes de León Rozitchner y André Glucksmann	295
7. REIMAGINAR LAS TÁCTICAS	303
Doce acciones inspiradoras para burlar las leyes mordaza (con Leónidas Martín)	305
Apuntes sobre la no violencia.	315
La República del 99%	319
Johan Cruyff y la defensa de la Casa Invisible	323
8. DE LAS PLAZAS A LOS NUEVOS TUMULTOS	327
Un mundo restringido. Comentario a un discurso de Pablo Iglesias	329
No hay fracaso si hay balance: poder y potencia en el ciclo 15M-Podemos.	337
Elogio del tumulto	349
Epílogo. Habitar la incerteza: sobre la transformación social en tiempos de contagio. Rita Segato	357
Procedencia de los textos.	379

Hay que continuar, no puedo continuar, voy a
continuar.

SAMUEL BECKETT

PÓRTICO

Este libro recoge textos escritos al hilo de las politizaciones y los debates que han sacudido el panorama político español durante la última década: 15M, asalto institucional, desafío independentista. En ellos se pueden encontrar al menos tres problemas (cada lector encontrará y añadirá luego los suyos propios):

- el primero y más directo sería el de las *imágenes de cambio*. La importancia decisiva de que toda tentativa de transformación social produzca sus propias categorías e imágenes a partir de su propia experiencia, en lugar de tomarlas simplemente prestadas de un modelo previo, lo cual acarrea siempre una pérdida de fuerza y una cierta tristeza (nunca estamos a la altura de los modelos, sino siempre en déficit). En este libro se podrá encontrar una constelación concreta de imágenes —de transformación social, de nosotros, de enemigo, de organización, de estrategia, de conflicto y de tácticas— que fueron propuestas siempre en diálogo con movimientos y prácticas de emancipación.
- el segundo sería una reflexión, ya no sólo sobre las imágenes que necesitamos, sino sobre el *lugar* de elaboración de

esas imágenes, una reflexión que podemos considerar como el «discurso inconsciente» que se va armando por detrás de todo lo que se dice. Crear otras imágenes nos exige seguramente activar otra sensibilidad, partir de otro sitio. Llamamos «paradigma del habitar» a ese otro punto de partida, atento y a la escucha de las potencias que atraviesan las situaciones, en contraste con el «paradigma del gobierno» que ha sido el molde en el que se pensaron clásicamente las revoluciones, ese esquema racionalista por el cual un sujeto —vanguardia o partido— conquista un objeto a través de una ciencia, un modelo ideal y la fuerza de hierro de la voluntad.

- el tercero sería una cierta lectura de las potencias del 15M como «movimiento de la sociedad» más que mero movimiento social. El 15M supuso, en sus prácticas mismas, el esbozo de una *nueva concepción política*: una definición distinta del cambio social, un tipo de *nosotros* abierto e inclusivo, una temporalidad procesual, una organización acéfala y sin centro, una conflictualidad planteada por fuera de la lógica de guerra, una serie de tácticas creativas, una transformación de las formas de vida. Todo esto configura un depósito de saberes y memoria siempre actualizable en los movimientos y luchas por venir. Así leído, por fuera de las instrumentalizaciones politicistas, el 15M deviene un *clásico*: energía siempre activa.

En cada texto vibran estos tres problemas, pero cada uno puede leerse aisladamente: no como la pieza de un todo, sino como fragmento que lo contiene. Cierra el libro una conversación con la filósofa y antropóloga Rita Segato donde nos preguntamos sobre la crisis del coronavirus como «nuevo principio de realidad», es decir no sólo un problema médico o sanitario, sino como desafío a reinventar las mismas ideas de emancipación.

Historias inspiradoras

PRÓLOGO
¿Cómo hacer?
La revolución de los niños perdidos

Hay que empezar por la impotencia, seguramente una de las sensaciones más extendidas en relación con la experiencia política contemporánea. Impotencia para frenar la marcha de unos poderes desbocados y devastadores que nadie ha elegido en las urnas, impotencia para transformar las cosas de manera sustantiva, impotencia de las palabras y los gestos que hemos heredado para nombrar y morder la realidad.

¿Cómo podemos entender esta impotencia? La pregunta, tomada en serio, nos obliga a una revisión radical de nuestra concepción de la política. En la actualidad, esta ha devenido sencillamente en la *gestión*, en un territorio y entre una población concreta, de los imperativos económicos globales (finanzas, circulación de mercancías, etc.). El Estado no desaparece, sino que pierde toda autonomía con respecto a los poderes que definen la realidad y se pone a su servicio. Pero gestionar nunca ha sido pensar a fondo o transformar, sino sólo *modular* lo que se nos presenta como necesario e inevitable, contra lo que nada debe intentarse. Una etimología de la palabra «necesidad» nos la presenta asociada a los siguientes significados: argolla, estrechamiento, sofoco... Es la asfixia de la situación sin salida. Las distintas opciones partidistas, que compiten en las elecciones con el fin de alcanzar el poder estatal, son distintas variantes de *gestión de la misma argolla*.

Esa gestión se rige hoy por un código simple: *gobierno-oposición*. Un código que es un segundo clavo en el ataúd de la impotencia política. El gobierno principalmente pone en marcha una serie de iniciativas cuyo fin último es seguir siendo gobierno. La oposición maniobra a su vez para ocupar los puestos de gobierno. Todas las cuestiones *vitales* —la enseñanza, la salud, el trabajo, etc.— son constantemente *instrumentalizadas* en esas maniobras de poder: no importan nada en sí mismas y por sí mismas, sólo son pretextos para atacar al otro y reforzarse uno. Esto es una obviedad para cualquiera que vea simplemente un telediario y no sea un fanático de alguno de los bandos en competencia.

El código gobierno-oposición segrega un *tercero excluido*: la población, convertida en espectadora y consumidora, mantenida rigurosamente al margen de la decisión en los asuntos que le atañen, reducida a quejarse, votar u opinar en las redes sociales: comportamientos reactivos y manifestaciones, al fin, de una misma impotencia. La mayor catástrofe de la sociedad contemporánea, la base de todas las demás, no es algún tipo de acontecimiento por venir, sino este *tipo de relación con el mundo*: nuestra posición de espectadores de lo que pasa, de consumidores ilusos e indiferentes, de opinadores sabihondos pero sin el cuerpo implicado en una experiencia de cambio. Ninguna transformación social de calado es posible sin una activación de la sociedad, sin salir de la condición espectadora y victimista de la realidad, sin convertirnos en agentes del propio cambio.

«No nos representan», «lo llaman democracia y no lo es», «la lucha es el único camino»: los gritos de los movimientos de los últimos años revelan una inteligencia lúcida de toda esta situación. De cómo la política reducida a gestión, administrada según el código gobierno-oposición y con la población como espectadora, amenaza la vida digna (y la vida a secas) sobre el planeta y supone un verdadero escollo para la transformación social, escollo entendido como dificultad, como obstáculo, como problema, como peligro.

«La lucha es el único camino», sí. Pero ¿qué es luchar? Podemos pensarlo así: es un acto de interrupción colectiva de las maneras establecidas de ver y vivir, una forma de *parar el mundo*, como diría Carlos Castaneda. Y el planteamiento de un nuevo juego de preguntas y respuestas, preguntas sobre la vida en común y respuestas creadoras de nuevas posibilidades de existencia. No preguntas y respuestas abstractas o lanzadas al aire, sino muy concretas, vividas, situadas, efectuadas a través de espacios, experiencias, dispositivos, *hechas con el cuerpo*.

Una lucha es, como dice Isabelle Stengers, la reapropiación colectiva de la facultad de *poner atención*: esa inteligencia práctica y situada que se activa justamente cuando nos *hacemos cargo* de un trozo de mundo del que dependemos y en cuyo interior reside el mundo común entero.

Lo que hace falta por tanto no es más crítica, no son juicios morales o sabihondos lanzados sobre el mundo desde lejos, ni la opinión —por muy mordaz que sea— lanzada contra los temas que pasan ante nuestros ojos por las pantallas, sino activar la capacidad de plantear *problemas propios* (pensamiento) y de ensayar *respuestas encarnadas* (creación). El desafío sin duda más delicado y difícil, pero también más fecundo. Las preguntas perforan el guion que nos propone a diario la sociedad del espectáculo, porque construir un problema propio es muy distinto a opinar sobre un tema enlatado y prefabricado. Y las respuestas suponen un nuevo aprendizaje del mundo a través de la producción colectiva de situaciones y experiencias.

Nuestra capacidad de atención se libera entonces de su captura cotidiana, nuestra potencia de pensamiento se desbloquea, nos volvemos capaces de pensar y actuar a partir de realidades que nos afectan. Salimos de la condición espectadora y victimista, de la queja y la espera permanente, del juicio moral y las generalidades. Y de ese modo desafiamos el *bucle catastrófico* de la gestión.

¿Por qué bucle catastrófico? Porque secuestrando la capacidad colectiva de pensar y actuar en favor del monopolio de los

que saben y pueden, evitando la aparición de nuevos juegos de preguntas y respuestas, limitándose en el mejor de los casos a la contención, a ofrecer «un mínimo de protección» con respecto a los efectos más devastadores de las lógicas de poder y beneficio desatadas, la política devenida gestión oculta y a la vez reproduce las condiciones de las crisis y los males contemporáneos, preparando así de alguna forma nuevos episodios de los mismos desastres: crisis económicas, crisis de refugiados y migrantes, crisis ecológicas, feminicidios, etc.

Los movimientos de las plazas, los nuevos feminismos o ecologismos, las caravanas de migrantes, son algunas de las «situaciones de lucha» que se han ido (re)abriendo estos últimos años, irrumpiendo e interrumpiendo los saberes establecidos, creando nuevos planteamientos, nuevos enfoques y formas de vida, capaces de sacar a buena parte de la población de su condición espectadora, de poner a las sociedades en movimiento. Hay muchas otras, menos conocidas, menos visibles, sin nombre siquiera... Cada vez que se ha abierto una de estas situaciones de lucha, se han desplegado inmediatamente todo tipo de dispositivos de gobierno (represivos, mediáticos, etc.) con el fin de instarnos a «volver a la normalidad». Pero es justamente en esa normalidad donde se incuba la catástrofe, como el huevo de la serpiente. Sólo podemos rebelarnos contra ese destino desastroso averiando la máquina y abriendo *bifurcaciones* en la historia, nuevos caminos. Nos las tendremos que ver entonces con otros problemas —porque no hay final de la historia ni sociedad armónica o reconciliada de una vez por todas—, pero no ya con una congelación indefinida de los mismos.

Vamos a plantear aquí y ahora una distinción entre *política* y *politización*: la política es del orden de la gestión dentro de un marco-argolla dado como necesario e inevitable, mientras que *politizarse* implica hacerse preguntas radicales (de raíz) sobre lo existente. La política remite a una esfera exclusiva de especialistas de la cosa común en los que delegamos, mientras que la poli-

tización ocurre cada vez que abrimos y sostenemos colectivamente preguntas sobre cómo queremos vivir juntos. La política se reproduce como lucha por el poder y sucesión o recambio de dirigentes, mientras que la politización sucede cuando se inventa aquí o allá —sin lugar predeterminado o actores designados, sino por cualquiera— una interrupción de los poderes-saberes establecidos y la aparición de un nuevo juego de preguntas y respuestas.

La politización implica la transformación social —y de nosotros mismos— a través del cuestionamiento radical de objetos y relaciones completamente «naturalizados» hasta el momento: por ejemplo, la relación con el trabajo como explotación, por el movimiento obrero; la relación entre sexos como desigualdad, por el movimiento feminista; la relación con la naturaleza como depredación, por el movimiento ecologista; la desnaturalización de las fronteras y sus regímenes de muerte por parte de migrantes y refugiados...

Sin situaciones de lucha no hay pensamiento, sin pensamiento no hay creación, sin creación no hay nuevos posibles ni transformación social.

¿ES LA REVOLUCIÓN AÚN DESEABLE?

Durante dos siglos al menos, la transformación social se pensó bajo la imagen de la revolución, la toma del poder tras un acontecimiento mayor que corta la historia del mundo en dos. Pero ¿y hoy, después de la experiencia desastrosa del comunismo burocrático del siglo xx? ¿Sigue siendo deseable la revolución? Michel Foucault planteó esta pregunta en una entrevista de 1977, con los ecos aún frescos de Mayo del 68 y en medio de una nueva oleada de testimonios disidentes sobre la realidad de la URSS.

Foucault introduce la pregunta por la posibilidad misma de la revolución, ya no sólo su necesidad o su urgencia en abstracto,

sino la *deseabilidad* de un cambio social radical, sin cuya sombra toda política corre el riesgo de desaparecer, convirtiéndose en politiquería y simple gestión.

El retorno de la revolución es nuestro problema... (Si la revolución ya no fuera deseable) habría que inventar otra política o algo que la sustituyera. Vivimos acaso el fin de la política. Porque si bien es verdad que la política es un campo abierto por la existencia de la revolución, y si la pregunta por la revolución no puede ya plantearse en semejantes términos, entonces la política corre el riesgo de desaparecer.

Desde aquel 1977, la revolución se ha vuelto ya definitivamente *indeseable*, en el sentido de que su referencia ha perdido toda vitalidad. Sin revolución deseable, dice Foucault, la política se vuelve gestión. Y eso es exactamente lo que ha ocurrido en Europa durante la restauración del orden en los años ochenta y noventa, tras las sacudidas de los años sesenta.

En esta situación de impasse lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer. ¿Qué significa esto?

Las imágenes de cambio propias de la secuencia política del siglo XX siguen aquí, pero no se componen ya con las prácticas, los cuerpos y las experiencias en movimiento. Se vuelven vacías, estereotipadas. Judith Butler dice que el desajuste entre cuerpos y palabras es propio de situaciones de dolor y de duelo: las palabras que se dicen ya no nos alcanzan o suenan huecas, pero no tenemos otras a mano. Así estaríamos nosotros: *huérfanos* de la idea de revolución, atrapados en imágenes de cambio que ya «no nos dicen nada».

Las antiguas imágenes revolucionarias siguen funcionando, pero ya sólo *como imágenes-zombi*. No hacen pasar la potencia, no hacen vibrar el deseo, no acompañan positivamente las prácticas, devienen reactivas y nostálgicas.

Ese desajuste entre cuerpos e imágenes sería otra razón de nuestra impotencia. Es decir, la impotencia no sólo tiene que ver con el

hecho de que *la política* ya no tenga apenas margen de maniobra con respecto a las fuerzas del capitalismo global, sino que afecta también desde dentro a las prácticas y las iniciativas que pretenden cambiar las cosas aquí y ahora. Hay miles de estas prácticas e iniciativas, dice Alain Badiou, pero nos hace falta un nuevo pensamiento de la política, otro vocabulario, otro repertorio de figuras. Las antiguas imágenes como «lucha de clases», «huelga», «nacionalización», «liberación nacional», «dictadura del proletariado», «partido» o «comunismo» han perdido su fuerza, pero ¿cuáles han venido a reemplazarlas? El impasse significa que las prácticas de emancipación no encuentran formas propias.

Hay tristeza o infelicidad política cuando no somos capaces de inventar nuestras propias palabras y herramientas, cuando actuamos y nos medimos según imágenes heredadas de otras luchas, con respecto a las cuales siempre estaremos en déficit, siempre por debajo, siempre en falta.

En medio de esta tristeza emergen actualmente en la izquierda posiciones puramente defensivas o reactivas: el soberanismo, la nostalgia de Estado del bienestar y la apelación a la patria y la Nación se presentan como los únicos horizontes posibles. A falta de una nueva imaginación política, la izquierda se aboca a disputar con la derecha la gestión del miedo, la impotencia y el victimismo de las poblaciones contemporáneas: «nosotros os protegeremos mejor». Es un estrechamiento suicida del ámbito de lo posible.

Si queremos salir de la posición reactiva y defensiva, si queremos pasar a algún tipo de ofensiva —en el sentido de tomar de nuevo la iniciativa con respecto al pensamiento y la acción—, si queremos en suma volver a hacer deseable el cambio social hay que *reimaginar la revolución*. Esto es, *reconcebir* la transformación del mundo por fuera del modelo revolucionario heredado. Repensar y dar a la luz nuevamente el cambio social y todo aquello que lleva asociado: las figuras del nosotros, el enemigo, la organización, la estrategia, el conflicto, las tácticas, el tiempo, el compromiso, el pensamiento, el objetivo, etc.